

urbanas, como ideales de referencia al que todos los territorios deberían aspirar. Si seguimos las evoluciones de los modelos de desarrollo, es posible encontrar pistas para un análisis de las representaciones de la ruralidad que han ido emparejadas a las transformaciones de las sociedades rurales a partir de las demandas y necesidades personales y colectivas, generadas por la producción social de las identidades en la postmodernidad.

3. LO RURAL COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Muchos autores están de acuerdo en apuntar la gran importancia y magnitud de las transformaciones que se vienen experimentando en el medio rural (Cruz y Red, 2000; Entrena, 1998; García Bartolomé, 1991 y 1993; Hervieu, 1995 y 1999; Martínez *et al.*, 2000; Marsden, 1992 y 1999; Moyano, 1999; entre otros). Los procesos de globalización económica y cultural están afectando ineludiblemente a lo rural, que como señala García Bartolomé (1991): “han resquebrajado la clásica dicotomía rural-urbano, campo-ciudad, agricultura-industria” (p.87). Aunque no esté tan claro que esta dicotomía haya existido algún día, sin lugar a dudas la multifuncionalidad -y la consciencia de ello- que vienen adquiriendo los espacios rurales en la sociedad global, hace que las relaciones campo-ciudad y rural-urbano sean cada vez más permeables y difusas, potenciadas por las modernas infraestructuras, los desarrollos biotecnológicos y las nuevas tecnologías de la información.

La cuestión del desarrollo del medio rural, así como las explicaciones para sus transformaciones, no pueden reducirse a los aspectos económicos. La búsqueda de comprensión de los procesos de cambio en las sociedades rurales y la creación de alternativas a las actividades productivas tradicionales, claramente en recesión, pasan necesariamente por las esferas sociales, culturales, políticas e ideológicas, además de la económica.

De la misma manera que los modos de producción material tradicionales han sido el resultado de los estilos de vida y de las relaciones comerciales y sociales que satisfacían las necesidades de las poblaciones en momentos pasados, también los cambios en los estilos de vida y en las relaciones producen nuevas necesidades y cambios en los modos de

producción, generando procesos que permiten a los actuales residentes del medio rural satisfacer las necesidades materiales, sociales y culturales generadas en las sociedades contemporáneas mundializadas.

3.1. Lo agrario en la definición de la ruralidad

La identidad de lo rural siempre ha estado, o ha sido, vinculada a las actividades agrarias y ganaderas, tanto a nivel económico, como sociológico y estético. Aunque en los territorios rurales siempre han existido diferentes actividades productivas, como la extracción mineral, las artesanías, las pequeñas industrias de transformación, etc., ha sido lo agrario la marca de identidad de lo rural. Seguramente, porque efectivamente ha implicado a una gran parte de los habitantes del medio rural en las actividades de producción, pero además por gestionar y ocupar una considerable parcela de los recursos naturales de los pueblos, en una gran extensión de territorio.

La agricultura, no solamente ha dado identidad al medio rural, sino que ha modelado los recursos naturales (aguas, tierras, flora y fauna), transformando y domesticando los espacios agrestes. De tal forma que, hoy en día, la desaparición de la actividad humana en los territorios rurales puede convertirse en un verdadero desastre ecológico, por el deterioro de los ecosistemas humanizados desde hace siglos. Una de las transformaciones que se está produciendo es en la concepción de la actividad agrícola como estratégica para la conservación medioambiental, cambiando la perspectiva productivista que primaba hasta ahora.

Pero la realidad es una disminución del peso específico de la actividad agraria en las economías de las sociedades occidentales industrializadas, principalmente a partir de los años 50. Transformaciones éstas que están muy vinculadas a la mecanización de la agricultura y los progresos en la biotecnología, que han aumentado la productividad y rentabilidad agrarias, al mismo tiempo que han generado un excedente de mano de obra en el campo. A medida que en las ciudades la necesidad de mano de obra ha crecido, con la industrialización concentrada en los polos desarrollistas, se ha observado en la agricultura un aumento de la dedicación a tiempo parcial, la industrialización de la actividad

agroganadera, así como el importante crecimiento del sector servicios. En el medio rural actual predomina cada vez más la pluriactividad, donde la agricultura en muchos territorios europeos, y para muchas familias, pasa de tener un papel central y prioritario a un papel complementario e, incluso, en muchos casos, marginal (Hervieu, 1995).

Con cambios estructurales tan significativos, es de comprender que se tambaleen los cimientos de la identidad rural y que la diversificación económica sea parte de un proceso más amplio que abarca también la diversificación cultural, social, política y representacional de los espacios y poblaciones rurales.

La constitución de la Europa Comunitaria, siendo un factor externo y, en muchos sentidos, ajeno a los habitantes del mundo rural, está introduciendo significativos elementos de transformación en los ámbitos de referencia de los agricultores, que pasan de depender de las circunstancias climatológicas y de condicionantes del entorno inmediato, más o menos controlables, a tener una relación de dependencia económica directa con “algo” que se llama “PAC” (Política Agraria Común) y que se materializa en trámites burocráticos y muchos papeles, a cambio de ‘ayudas económicas’. Los pequeños agricultores pasan a experimentar nuevas actividades relacionadas con la gestión administrativa y con la burocracia. Y, sobre todo, tienen el conocimiento de que controlan todavía menos los factores que influyen en la rentabilidad de sus producciones, y de que los centros de decisión (incluso sobre qué plantar) escapan a su comprensión.

La realidad agraria se viene haciendo más compleja a partir de la diversificación de los estilos de producción y de vida que cohabitan en los espacios rurales, movilizandoo nuevos elementos de conformación de las identidades personales y colectivas, aunque se siga constatando la fuerte utilización de lo agrario como parámetro de referencia en la identificación de la ruralidad.

3.2. El papel de los nuevos pobladores

Uno de los aspectos que está cambiando en el medio rural es una relativa inversión del flujo migratorio, aún minoritaria, pero cualitativamente

importante. Como pone de manifiesto, por ejemplo, una investigación desarrollada en la Sierra de Béjar (Salamanca): “En un primer momento, el éxodo rural al que aludimos, en España se da en los años 1950-1960, mediante grandes flujos migratorios a las zonas industrializadas y con la emigración al extranjero. Hoy empieza una tercera migración a la inversa; la de los jóvenes que, desde hace dos décadas, por la falta de oportunidades de empleo principalmente, vuelven la vista a los espacios rurales en busca de lo que parece, en ocasiones, buenas y hasta únicas oportunidades... Contamos con una nueva repoblación, ‘simbólica’ en términos numéricos, que puede ser un potencial de desarrollo humano en estas zonas” (Martínez *et al.*, 2000, pp. 215-216).

La migración de la ciudad hacia el campo es más acentuada en Francia, Alemania, Países Bajos, Bélgica y Reino Unido (Comisión Económica Europea, 1989), pero en España viene creciendo en las dos últimas décadas y los asentamientos rurales también vienen siendo receptores de nuevos pobladores urbanos, que van cambiando las actitudes y actividades en los pueblos, contribuyendo a una mayor diversificación sociocultural en estos entornos, imprimiendo dinamismo al tejido social y acelerando los procesos de cambio en lo rural.

En el año 2000, la revista LEADER Magazine, del Observatorio Europeo LEADER – Comisión Europea, ha publicado un monográfico sobre la cuestión de la **repoblación del medio rural** en los territorios con programas de desarrollo. En este documento los autores reconocen la importancia del fenómeno de la inmigración urbana en el medio rural y las especificidades de este proceso, que, por supuesto, no es masivo, sino al contrario, muy selectivo y complejo. Por ejemplo, no están claramente identificados los factores que determinan la elección de determinados territorios como atractivos a la migración y cómo otros no lo son.

Basados en el fenómeno de migración de las ciudades al campo, algunos autores apuntan a un ‘**renacimiento rural**’ en las últimas décadas (Bryden, 2000; García Bartolomé, 1993; Marsden, 1991; entre otros). Empezando a finales de los años 60 y consolidándose las tendencias en los 70 y 80, se ha registrado un aumento de población en numerosas zonas rurales, principalmente en las áreas próximas a las ciudades; aunque las áreas alejadas, más aisladas o con difícil accesibilidad, como las zonas de montaña, siguieron perdiendo población. El envejecimiento de la

población y éxodo de jóvenes ha generado una situación en muchas regiones rurales que inviabiliza el relevo generacional y el despoblamiento de muchas regiones parece inevitable. Sin embargo, en algunas áreas rurales se ha observado en los últimos años una estabilización demográfica, lo que significa que se está frenando la emigración hacia las ciudades y la inmigración está en aumento, de tal suerte que, en algunos territorios, los de fuera están tomando el relevo de los mayores rurales.

Además de la importancia cuantitativa que tiene la migración de las ciudades al campo, los factores cualitativos son quizás los más significativos en los cambios socioculturales que se vienen configurando en el medio rural. Bryden (2000) apunta que la mayoría de las personas que se instalan en el campo pertenecen a grupos de población con poder adquisitivo alto, que huyen de los problemas urbanos: entornos empobrecidos, inseguridad ciudadana, problemas de tráfico y tiempos de desplazamiento, grandes aglomeraciones, contaminación ambiental, degradación de los espacios públicos, etc. Se está observando que los nuevos residentes jóvenes del medio rural son personas con cualificaciones profesionales y con buenas capacidades para generar recursos económicos. Por otro lado, hay otros dos grupos importantes de nuevos pobladores: los jubilados que deciden instalarse en pueblos, fenómeno que se observa principalmente en las zonas de costa y con climas benignos, más que en las zonas de montaña, y la de las personas que deciden retornar a sus regiones de origen, con una vida económica y familiar bastante estable. El denominador común suele ser la búsqueda de mejor “calidad de vida”, que cada vez se está asociando más a lo rural que a lo urbano, que aparece actualmente representado por la artificialidad, el consumismo, el deterioro de las relaciones sociales, la competitividad, el estrés y la contaminación. Martínez *et al.* (2000) señalan que vienen “las ‘nuevas familias’ en busca del tan deseado concepto de ‘calidad de vida’, lejos de la patología social generada en la ciudad, productora de un crecimiento negativo de ésta. Como calidad de vida se busca luz, silencio, aire puro, tranquilidad, serenidad, Naturaleza. Como una terapia de los nuevos valores, que son, en parte, la vuelta a determinados valores tradicionales, habiendo fracasado los que se habían asociado al tan traído y llevado ‘bienestar social’, derivado del modelo económico actual” (p. 216).

La integración de los nuevos pobladores en los entornos rurales viene configurando cambios socioculturales significativos. La OCDE

refleja estos cambios en el documento “*Formulation de la politique rurale (Nouvelles tendances)*” (1989), donde señala que: “La sociedad rural se ha transformado en términos de su composición sociológica y de sus nuevas tendencias culturales. Las recientes migraciones de la ciudad hacia el campo han contribuido a diversificar las bases socioculturales y los centros de interés” (Citado en: García Bartolomé, 1991, pp. 92). En los programas de desarrollo rural llevados a cabo en Europa desde 1990, se constata que muchas de las nuevas empresas e iniciativas fueron creadas por emprendedores y emprendedoras que migraron de la ciudad al campo, generando un mayor dinamismo socioeconómico en su entorno rural, al trasladar ideas y capacidad de iniciativa a una realidad social más estancada. En muchos casos, las iniciativas puestas en marcha por urbanos establecidos en el medio rural han servido de palanca para que los lugareños se decidiesen a emprender nuevas actividades, rompiendo temores e incertidumbres. Tenemos muchos ejemplos en iniciativas de turismo rural que están ampliamente consolidadas en diferentes regiones de España.

Por otro lado, estas transformaciones socioculturales también suponen ciertos **conflictos**, pues representan la convivencia de diferentes estilos de vida y formas de pensar. En palabras de Corraliza (2000): “...la ciudad construye a las personas, vale decir, determina su manera de pensar, sentir y actuar” (p. 170). Si esto es así, si los espacios sociales y económicos y las formas de organización social determinan la manera de ser y de pensar de las personas, también los pueblos determinarán en cierta medida la forma de pensar de sus habitantes. Y la convivencia entre ellos será la integración de estas diferentes formas de vida, con la necesidad de construcción de elementos comunes y vías de comunicación.

En muchos pueblos, principalmente en los más pequeños, los habitantes se han acostumbrado a utilizar libremente los recursos públicos o a gestionarlos en función de intereses personales y/o familiares. La llegada de nuevos residentes muchas veces supone compartir esos recursos o tener que llegar a acuerdos y dar justificaciones, que no siempre son fáciles. Por otro lado, el recién llegado también tiene sus costumbres, expectativas y valores, que muchas veces no se corresponden con las del nuevo ambiente, exigiendo, por un lado, capacidad de adaptación y respeto por lo existente, y, por otro, iniciativa para construir el propio espacio.

Bryden (2000) también apunta causas subjetivas a los conflictos entre nuevos y antiguos residentes del medio rural, basados en la percepción y la imagen que se tiene de la vida rural, que pueden provocar dificultades, principalmente sociales y políticas, a nivel local.

Grasser, encargado de la política de acogida del Consejo Regional de Limousin (Francia) donde se llevó a cabo un programa específico de repoblación humana, afirma: “Si bien hoy, según un sondeo realizado entre los habitantes de Limousin, el 80% de la población local está convencida de la necesidad de acoger a nuevos habitantes, hubo que pelear duramente para sensibilizar a los habitantes rurales... es difícil para la población rural, que no ha logrado retener a sus propios hijos, admitir que su región pueda atraer a personas de la ciudad” (Legrand, 2000).

Aun con dificultades, lo cierto es que la integración de nuevos residentes provenientes del medio urbano está influyendo en los cambios del medio rural, acelerando los procesos de transformación sociocultural y construyendo un nuevo y variado perfil de habitante rural, así como de las actividades que se desarrollan.

3.3. Influencias de la globalización en el medio rural

Es imposible hablar de lo local sin hacer referencia a lo global/mundial. La mundialización de la economía y de la cultura son realidades que se están imponiendo a velocidades de vértigo. Lo que se entiende hoy por globalización no es un proceso reciente, sino que empezó en la era de los descubrimientos, hace más de 500 años, con las colonizaciones económicas y culturales de otros continentes por los países europeos. La propia modernización, presupone un proceso de globalización, donde se difundieron pautas modernas del mundo urbano-occidental a las demás partes del mundo (Entrena, 1998).

Sin embargo, la singularidad del proceso de globalización actual, que se distingue de la mundialización del sistema capitalista que se inicia en el colonialismo, se basa "en la ramificación, densidad y estabilidad de sus recíprocas redes de relaciones regionales-globales, empíricamente comprobables, y de su autodefinición de los medios de comunicación, así

como de los espacios sociales y de las citadas corrientes icónicas en los planos cultural, político, económico y militar" (Beck, 1998, p. 31).

La veloz intensificación de los procesos de globalización, influenciados principalmente por el mercado económico mundial y las nuevas tecnologías de la información, permite que seamos testigos de la configuración y consolidación de redes transnacionales de intercambios económicos, sociales, culturales y políticos. El mundo se hace cada vez más pequeño con la facilidad para la circulación de información, productos, ideas y personas. Aunque, todavía, la circulación de personas está muchísimo más controlada que la de capitales, donde la inmigración a los países más ricos es considerada al mismo tiempo una necesidad y una grave amenaza.

"La globalidad nos recuerda el hecho de que, a partir de ahora, nada de cuanto ocurra en nuestro planeta podrá ser un suceso localmente delimitado, sino que todos los descubrimientos, victorias y catástrofes afectarán a todo el mundo y que todos tendremos que reorientar y reorganizar nuestras vidas y quehaceres, así como nuestras organizaciones e instituciones, a lo largo del eje 'local-global'. Así entendida, la globalidad ofrece a nuestra consideración la nueva situación de la segunda modernidad" (Beck, 1998, p. 30). En este proceso, lo rural adquiere en las últimas décadas nuevas connotaciones y funciones, más relacionadas con esta etapa, que Ulrich Beck denomina "segunda modernidad" y con las demandas de servicios para el ocio y vinculados a la preservación y protección de espacios naturales. Como veremos más adelante, se observan transformaciones significativas en las imágenes de la ruralidad, ligadas más estrechamente a la naturaleza y a la calidad de vida.

Como parte del mismo proceso, en este momento de acelerada globalización, de desterritorialización, de avanzadas tecnologías, hay también una revalorización de lo local, de lo tradicional, con una fuerte búsqueda de identidades propias muy vinculadas a los territorios, a los espacios y raíces históricas locales, donde lo rural adquiere un nuevo papel. Frente al riesgo de uniformidad que puede suponer la globalización, se rescata la singularidad de lo local, en lo cultural, en lo paisajístico, en la producción artesanal, etc. Lo rural recobra otro sentido y significado, vinculado a las especificidades propias de sus culturas como recursos para el

desarrollo socioeconómico. El territorio rural tiene un papel primordial en esa configuración de las identidades socioculturales, especialmente en el sostenimiento de aquellos elementos que las definen y diferencian de otras, habiendo un fuerte movimiento de revalorización de la ruralidad. Aunque no se puede lanzar campanas al vuelo, hay que analizar concretamente en qué términos se da este proceso de rescate de los valores rurales y qué significa eso, qué es lo que se está revalorizando, cómo y por qué.

En palabras de Entrena (1998): “En el caso concreto del medio rural, la globalización es la realidad determinante de las transformaciones estructurales que en él se están experimentando, pero, también es el pretexto de determinadas actuaciones de orientación neoliberal que repercuten en la gradual desarticulación de su espacio territorial, o discurso legitimador de políticas agrarias tendentes a adecuar dicho espacio a la presente situación a través de medidas que implican el relegamiento del proteccionismo y la desincentivación de la producción” (p. 72).

Con un Estado cada vez más débil y con una visible pérdida de poder de decisión, en la medida en que el capital y los grupos económicos tienen cada vez más poder, el medio rural se encuentra fragmentado en productos entregados a las leyes de mercado. Por un lado, la producción agroalimentaria; por otro, los servicios de ocio y naturaleza, la conservación medioambiental, etc. Son servicios y productos que adquieren mayor o menor valor en el mercado urbano, entregados a políticas de desarrollo que siguen potenciando las desigualdades territoriales, que son todavía más acusadas en los territorios más débiles en organización social, con menor capacidad para hacerse oír y atender.

3.4. Las nuevas funciones del medio rural contemporáneo

Las transformaciones del medio rural vienen pasando por nuevas demandas y funciones sociales, que se establecen de ordinario desde los centros de poder político y económico, ambos ubicados en las grandes ciudades. El medio rural viene adquiriendo en las últimas décadas, principalmente en los últimos diez años, cierto protagonismo en las políticas de desarrollo, ya no tanto desde la perspectiva productivista, sino por las nuevas funciones que viene asumiendo en la sociedad postindustrial. Funciones que están más ligadas a la conservación medioambiental, a la producción de alimentos y materias primas de calidad, a los servicios y a la calidad de vida.

Es bien sabido, que las transformaciones en los modos de producción agrícola han logrado una alta productividad y rentabilidad. Con el desarrollo biotecnológico y la masiva mecanización del campo, hoy en día se consigue una producción mucho mayor en un espacio mucho menor y con mínima ocupación de mano de obra. “En Estados Unidos, se estima que bastaría con un 4% del territorio para garantizar la cobertura alimentaria del país. En Francia, sabemos que puede concentrarse en 10 departamentos la práctica totalidad de las producciones de porcino, de aves de corral, de terneros e incluso, en parte, de cereales, sin olvidar las hortalizas” (Hervieu, 1995, p. 30).

Paralelamente a la alta productividad, se constata una creciente deslocalización, aproximando las producciones masivas a los ejes de comunicaciones y transportes. Las facilidades de transporte y los avances tecnológicos hacen que se pueda producir casi cualquier cosa en cualquier lugar, desvinculando cada vez más la agricultura de los territorios tradicionales. Hervieu (1995) identifica este proceso como rupturas del mundo agrícola, donde la producción de alimentos deja de estar vinculada directamente a la tierra, hablándose incluso de una agricultura “sin suelo” (p. 33).

Las transformaciones de lo agrario y la modernización del campo significan la fragmentación de las referencias de identidad social del campesinado y del mundo rural en su conjunto. La diversificación de las actividades y de los residentes en los pueblos supone la ruptura de la hegemonía de la identidad rural construida sobre agrarización del medio rural. Hervieu (1995) afirma que: “se diga lo que se diga y se haga lo que se haga, la agricultura sigue siendo el pivote del desarrollo rural o de la ordenación del territorio” (p. 37). Aunque, esta frase nos parece más la expresión de un deseo, o una declaración de intenciones, que la constatación de la realidad actual del medio rural.

La desagrarización del medio rural supone una pérdida cultural desastrosa para toda la sociedad. Los procesos productivos intensivos representan un deterioro en la calidad alimentaria, que ahora se empieza a notar. La valorización y potenciación de la agricultura y ganadería ecológicas, ligadas a las producciones de calidad, pueden ser una garantía de seguridad alimentaria y una alternativa de salida a la desagrarización, pero

necesita un fuerte apoyo institucional y comercial, que quizás llegue demasiado tarde para reactivar el medio rural español.

Desde luego, un nuevo papel del medio rural, que se viene forjando en los últimos años, está muy vinculado con la producción alimentaria de calidad. Además, esta vinculación se ha potenciado con las sucesivas crisis del sector alimentario en Europa en los últimos años (“pollos belgas”, “vacas locas”, fiebre aftosa, etc...), que ha despertado la desconfianza generalizada, exigiendo medidas de control de calidad y de imagen para recuperar la confianza y adaptarse a nuevos hábitos de consumo. “En lo que se refiere a los productos alimentarios se impone una primera orientación, que consiste en sustituir el objetivo de cantidad por el de calidad” (Hervieu, 1997, p. 7).

Según Ramos y Romero (1993), se pueden señalar las nuevas funciones del medio rural en torno a cuatro ejes:

- Equilibrio territorial: contrarrestando la excesiva concentración de población en las grandes ciudades, evitando el despoblamiento y posibilitando la gestión y ordenación de los amplios territorios.
- Calidad Ambiental: conservación paisajística, mantenimiento de los espacios y recursos naturales, conservación de tradiciones y manifestaciones culturales.
- Producciones de calidad: agricultura ecológica, artesanías agroalimentarias, producción de recursos naturales (agua, aire, energías...), etc.
- Ocio y tiempo libre: con el crecimiento del turismo rural, turismo verde, actividades de ocio en la naturaleza, etc.

El medio rural, que se aleja del papel exclusivo de productor agrario, va adquiriendo nuevas funciones más ligadas a la naturaleza y a la ordenación del territorio. Un medio rural que se configura como válvula de escape a los desastres humanos y ecológicos engendrados en las urbes y asume nuevos papeles en el mercado y en la economía globalizados, aunque diseñados a partir de las ciudades y de los centros de poder para atender a las necesidades de las poblaciones urbanas, que van percibiendo la insostenibilidad del modelo de consumo de la modernidad y demandando

nuevos espacios y estilos de vida. Con las nuevas funciones, el medio rural va construyendo también nuevos procesos de revalorización y dinamización de las comunidades rurales.

Es muy ilustrativo el título de un artículo que aparece en la revista LEADER II Magazine (nº 15), sobre una experiencia de desarrollo rural llevada a cabo por un Grupo de Acción Local en la frontera entre República de Irlanda e Irlanda del Norte, donde se destacó el apoyo a la diversificación de las actividades en un territorio eminentemente agrario “*De la empresa agraria a la empresa rural*” (Observatorio Europeo LEADER, 1997, p. 15). Este título, además del contenido, refleja una estrategia de cambio muy importante que se viene observando en toda Europa, con el objetivo de dinamizar las zonas rurales, potenciando la diversificación y sumándose a la multifuncionalidad del medio rural. Parece claro que, donde las actividades no se diversifiquen atrayendo nuevos habitantes y fijando los jóvenes al territorio, se acentuará el problema del despoblamiento y los pueblos tenderán a desaparecer.

Estas nuevas perspectivas producen profundas transformaciones en la configuración social del espacio rural, donde conviven estilos de vida y actividades muy diversos, que se van consolidando como alternativas económicas para el mantenimiento de la población local y para los nuevos residentes. Con ello, también se observan transformaciones en las representaciones sociales construidas sobre el medio rural y la ruralidad. La imagen compartida colectivamente de lo rural va cambiando, en la medida en que el propio objeto se transforma, aunque no con la misma velocidad.

4. CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LA RURALIDAD

4.1. Los ideales de modernidad y crecimiento en la construcción de las representaciones sociales sobre lo rural

Como hemos dicho, el modelo de desarrollo neoliberal, que ha marcado las pautas de crecimiento económico y los objetivos de desarrollo en las sociedades modernas, ha influido también en la construcción del universo simbólico de los habitantes, tanto de las ciudades como del medio rural. Las bondades de los estilos de vida, y sobre todo de consumo, de las